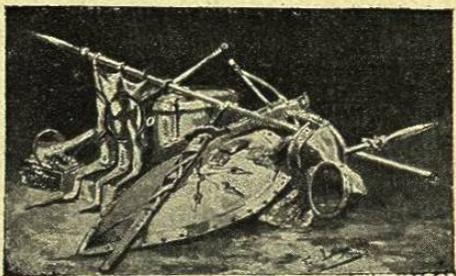


Tomó Mahomad de Granada,  
 escarmentado, la vuelta;  
 dos años después moría  
 y hasta que bajó á la huesa  
 no se borró en su memoria  
 el recuerdo de Baena (11).



## *La Peña de los Enamorados*

### I

Es el bravo Don Gómez de Hínestrosa  
 un noble caballero  
 de aragonesa estirpe, rico y mozo,  
 que logra ser por su invencible acero,  
 cuando apenas su labio cubre el bozo,

entre los escogidos, el primero.  
 Señor de un pingüe estado,  
 de gallarda presencia y apostura,  
 en las sangrientas lides señalado,  
 lleva rica armadura  
 con guarniciones de bruñida plata,  
 rige el ardor de un andaluz caballo  
 que cuando á los contrarios desbarata,  
 sobre los moros que su dueño mata  
 hunde feroz el callo.  
 No hay en Castilla toda  
 un caballero que en la lid reñida  
 al doncel Hinestrosa se adelante,  
 ni en la corte aguerrida  
 del árabe Monarca de Granada  
 hay un alcaide que á esperar se atreva  
 el golpe de su espada;  
 que al rayo semejante,  
 siempre la muerte suspendida lleva  
 de su brazo pujante.

## II

Pone cerco á Antequera  
 el denodado Infante Don Fernando  
 que numeroso ejército acaudilla,  
 y sumisa á su mando  
 viene á luchar contra el morisco bando

la escogida nobleza de Castilla.  
 De su corte en presencia  
 jura el gallardo Infante  
 en manos del Obispo de Palencia,  
 no desnudar las armas un instante,  
 hasta dejar plantado por su mano  
 sobre las altas torres de Antequera  
 el pendón castellano.  
 Y poniendo las suyas en el pecho  
 juran también sus nobles Capitanes  
 no descansar hasta mirar deshecho  
 el fuerte muro, que caerá á despecho  
 de los bravos caudillos musulmanes.

## III

Muralla inexpugnable  
 la morisca ciudad guarda y rodea,  
 y un castillo, de altura formidable,  
 en cuya cima ondea  
 el árabe estandarte de Granada,  
 á su defensa vigilante atiende;  
 y al ver cómo se extiende  
 por los sagrados campos del contorno  
 la altiva enseña de la fe cristiana,  
 coronan las almenas,  
 sedientas de la sangre castellana,  
 las aguerridas tropas agarenas.

Fernando no se abate  
ni mide el riesgo de su grave empresa,  
y al patrio impulso que en su pecho late,  
cual tigre hambriento que atisbó su presa  
se arroja con sus gentes al combate.

Tiembla sorda la tierra  
bajo el choque violento  
que producen las máquinas de guerra  
agitando el cimientó  
de la altiva muralla, do pretenden  
abrir los sitiadores larga brecha  
que el triunfo de sus armas asegure;  
no hay quien morir matando no procure,  
quién arroja la lanza, quién la flecha;  
quién intenta ganar el alto muro  
y con paso inseguro,  
esgrimiendo la espada con la diestra,  
sube ayudado por amigo empuje,  
mientras á la escala que vacila y cruje  
aferra la siniestra.

Y al alcanzar la meta deseada  
logra saber á costa de la vida  
que fué tan peligrosa la subida  
como fácil y pronta la bajada.  
Resisten los sitiados,  
con heroico valor, los repetidos  
asaltos de los bravos sitiadores,  
que de la ruda lucha fatigados,  
regresan á su campo, no vencidos,  
pero sin el laurel de vencedores.

## IV

Cuando el Rey de Granada á saber llega  
el peligro inminente  
en que se encuentra su ciudad preciada,  
un formidable ejército congrega  
y corre diligente  
en socorro del jefe que la guarda,  
pues ya febril su corazón presiente,  
que si un instante tarda  
la llorará perdida eternamente.  
Soñando en la venganza  
cruza veloz los campos de Archidona  
y cuando ve flotar en lontananza,  
sobre el alto castillo de Antequera,  
el pendón africano, que blasona  
la invicta media luna,  
detiene del caballo la carrera  
y bendice su próspera fortuna.

## V

Toca al arma el cristiano  
y avanza en ordenados escuadrones  
al encuentro del moro, con bravura,  
que al rudo galopar de sus bridones

se adelanta, batiendo la llanura,  
 hacia los castellanos campeones.  
 Cual olas encontradas  
 de mar embravecido  
 chocan y se confunden con estruendo;  
 rechinan las espadas  
 sobre el arnés bruñido  
 siniestros resplandores despidiendo,  
 y al embestir tremendo  
 de las bravas falanges de jinetes  
 que el estandarte de la cruz levantan,  
 ceden campo, vacilan y quebratan  
 las africanas turbas de zenetes.  
 Prodigio de valor y fortaleza,  
 enristrando la lanza poderosa,  
 de la hueste cristiana á la cabeza  
 va Gómez de Hinestrosa  
 que en sangre infiel la banderola tiñe,  
 de Ruy López seguido, de Velasco,  
 y del Obispo Rojas, que así ciñe  
 la mitra como el casco.  
 Huyen en dispersión los mahometanos  
 del valeroso infante perseguidos  
 llevando en su desorden confundidos  
 algunos caballeros castellanos.  
 En el tropel envuelto  
 de aquel irresistible torbellino,  
 sin un punto dejar la espada ociosa,  
 luchando en vano por abrir camino  
 que á los suyos le vuelva, va Hinestrosa,  
 hiriendo el vientre del bridón cansado,  
 cuando el fatal destino,

que largas desventuras le apareja,  
 le lleva á tropezar en un vallado,  
 donde el buen caballero  
 se ve con el caballo derribado,  
 de su rica armadura despojado  
 y de sus enemigos prisionero.  
 Cuando el valiente Infante echa de menos  
 al bizarro doncel, le busca en vano;  
 maldice, en su dolor, los agarenos,  
 y jura, por su fe de castellano,  
 la pérdida, vengar en sangre mora,  
 del adalid cristiano,  
 que todo el campo con vergüenza llora.

## VI

Jusef Abul Ageh reina en Granada,  
 y por su gracia y en su nombre tiene  
 la importante custodia confiada  
 de un fuerte alcázar que corona el muro  
 de la ciudad sagrada,  
 el bravo Abén Amir, de ilustre cuna;  
 valeroso soldado  
 que al rudo golpe de la edad vencido  
 en calma goza, de su patria honrado,  
 cuando fuerza y vigor perdidos siente,  
 la estimación á que le dan derecho

las gloriosas heridas de su pecho  
 y las honradas canas de su frente.  
 Pero el noble caudillo  
 no ama el honor de pasajeras glorias  
 ni cifra en las riquezas su ventura;  
 que á un objeto más santo y más sencillo  
 que despierta en su ser dulces memorias  
 consagra su cariño y su ternura.  
 Cual alto don del cielo  
 guarda Amir un tesoro,  
 preciado bien, de su vejez consuelo,  
 que estima más que el oro,  
 que colma su existencia de delicias,  
 ángel de amor por quien la vida diera;  
 pues cuando siente el moro  
 los inocentes besos y caricias  
 de su Zaida hechicera,  
 olvida sus enojos  
 y sueña que del mundo transportado  
 descansa en el Edén, acariciado  
 por una huri de celestiales ojos.  
 ¡Zaida! divina aurora,  
 púdica flor de mágicos pensiles  
 que en sus negras pupilas atesora  
 todas las llamas con que el sol se dora,  
 todo el amor de diecisiete abriles.  
 De sangre abencerraje,  
 sola heredera de los claros timbres  
 de su altivo linaje,  
 cultiva con esmero  
 el noble Amir su clara inteligencia,  
 procurando calmar, en el severo

estudio de la ciencia  
 y en el silencio del retiro austero,  
 de sus vivas pasiones la vehemencia.  
 Pero la bella mora,  
 dando á sus pensamientos otro giro,  
 llevada de su mente soñadora,  
 guarda en la soledad de su retiro,  
 prudente y reservada,  
 agradables historias, y nutriendo  
 su virgen corazón con su lectura,  
 va poco á poco su conciencia pura  
 por nuevos horizontes discurriendo.  
 Agrádanle primero  
 las curiosas leyendas y romances  
 en que algún castellano caballero  
 lucha valiente en los guerreros lances,  
 donde á medida que el peligro toca  
 más el valor su corazón inflama;  
 mientras con labio fervoroso invoca  
 los nombres de su Dios y de su dama.  
 Luego se inicia Zaida  
 en los misterios que el cristiano adora  
 y á su lectura con placer se entrega;  
 lágrimas dulces de ternura llora  
 cuando en el libro llega  
 al doloroso drama del calvario,  
 contemplando, piadosa,  
 al Hombre-Dios que resignado sube  
 la pendiente del Gólgota escarpada,  
 herido el rostro, que el sudor afea,  
 mezclado con la sangre que gotea  
 su cabeza, de espinas traspasada.

Su espíritu se exalta  
 cuando aparece en la mortal escena  
 la doliente figura de María;  
 terror sublime su dolor enfrena,  
 y presa de mortal melancolía  
 diera la vida por gozar un día  
 el amor de la dulce nazarena.  
 Torna luego á la calma  
 y sueña venturosa  
 con un esposo que le dan los cielos;  
 ella le rinde el alma,  
 él la llama su esposa,  
 y en dulce unión, exenta de desvelos,  
 bendice al Dios que los declara iguales,  
 comparte con su amor dichas y duelos,  
 sin que turben impúdicas rivales  
 su hogar tranquilo con amargos celos.

## VII

Ya regresa á Granada  
 el agareno ejército vencido  
 en los sangrientos campos de Antequera  
 y lamentando la fatal jornada  
 suspenso y abatido  
 el pueblo todo su llegada espera.  
 De lanzas rodeado,  
 alta la frente, que el dolor marchita,

y á tristes reflexiones entregado,  
 llega Don Gómez, y con ronca grito  
 pide el bárbaro pueblo su cabeza;  
 más, Jusef que conoce  
 de su joven cautivo la nobleza,  
 por quien alto rescate tendrá un día,  
 lo entrega á Abén Amir, su fiel caudillo,  
 quien asegura y lleva á su castillo  
 la noble prenda que su Rey le fia.

## VIII

En actitud curiosa,  
 de Amir en la cerrada fortaleza  
 se espera la llegada de Hinestroza,  
 y apenas baja rechinando el puente  
 acuden con presteza  
 al ancho patio jefes y soldados,  
 que al verle entrar con grave continente,  
 velado el rostro de mortal tristeza,  
 seguro paso y ademán altivo,  
 suspensos y admirados,  
 guardan mudo silencio, subyugados  
 por la noble figura del cautivo.  
 Oculta y con prudencia  
 detrás de su calada celosía  
 contempla Zaida, compasiva y muda,  
 la gallarda presencia

y el rostro hermoso, que el dolor demuda,  
 del joven caballero  
 á quien reduce la contraria suerte  
 á vivir á su lado prisionero  
 en condición más dura que la muerte.  
 Latiendo acelerado  
 el corazón de la gentil doncella  
 y exaltada su ardiente fantasía,  
 piensa ver del esposo que ha soñado  
 en la figura aquella  
 la viva encarnación, por quien daría  
 el alma y la existencia,  
 y en aras de su amor, inmolaría  
 su cariño filial y su creencia.  
 Llega el fatal momento;  
 gira en sus goznes la pesada puerta  
 que abre la entrada de prisión obscura,  
 donde penetra, con mirada incierta,  
 como en lóbrega y triste supultura,  
 el mancebo infeliz, que á hablar no acierta.

## IX

Ya Zaida no reposa;  
 ya perdieron sus candidas mejillas  
 las puras tintas de color de rosa;  
 sus sienas amarillas  
 y el óvalo sutil de sus ojeras

hacen sus negros ojos más sombríos,  
 que sueñan, con amantes desvarios,  
 en realizar fantásticas quimeras.  
 Inquieta y desvelada  
 ve transcurrir las noches y los días  
 á tristes pensamientos entregada,  
 recordando la imagen adorada  
 que le roba sus dulces alegrías.  
 Todo le causa teñío  
 y presa el alma de mortal angustia  
 cual flor tronchada se doblega mustia  
 sin encontrar para su mal remedio.  
 A sus solas recorre  
 la muralla y el alto parapeto,  
 que ilumina la luz del sol poniente,  
 y al llegar á la altura de la torre  
 que oculta su secreto  
 se detiene, fingiendo indiferente  
 que á la vega dirige sus miradas  
 contemplando sus cármes floridos,  
 mientras siente llegar á sus oídos  
 un rumor de pisadas,  
 de dolientes suspiros y de quejas  
 que dentro de la torre se percibe,  
 y apiadada del alma que allí vive,  
 cuyo amor sus sentidos enajena,  
 se decide, animosa,  
 sufriendo el yugo de su amante pena,  
 á inmolarle su vida, generosa,  
 ó á romper la prisión que la encadena.  
 Tranquila vuelve Zaida,  
 entre las sombras que la noche tiende,